

- FILOSOFIA MODERNA  
- TEORIA DEL CONOCIMIENTO  
- HEGEL, GEORG WILHELM FRIEDRICH  
P. 89-97 (y P.)

## El despliegue de lo verdadero (Hegel)

CARLOS ENRIQUE RESTREPO B.

DELFOS (Asociación de Investigaciones Filosóficas - Medellín).

66309

### RESUMEN

*Hegel expone su filosofía como sistema. La necesidad del sistema tiene lugar en correspondencia con el carácter total de la verdad. Por su carácter total, la exposición de la verdad reclama la forma del sistema. Mas esta exposición es un devenir de la verdad misma que sólo se actualiza mediante su automovimiento interno. La verdad deviene, se despliega. No permanece como mera identidad abstracta siempre igual a sí misma. Ella tiene que desplegarse para legitimar el contenido total de sí misma. En este despliegue el individuo cumple un papel mediador sin el cual la verdad no se realiza. El texto expone los momentos bajo los cuales se opera el despliegue de lo verdadero y su relación con la individualidad, a la luz de la primera parte del sistema hegeliano: la Fenomenología del Espíritu.*

*El espíritu sólo conquista su verdad cuando es capaz de encontrarse a sí mismo en el absoluto desgarramiento.*  
Hegel.

### ABSTRACT

*Hegel presents his philosophy as a system. The need of the system has its place in correspondence to the whole character of the truth. Because of its whole character, the truth exposition demands the form of the system. But this exposition is a becoming of truth itself and this one only becomes actual through its inner self-movement. Truth becomes, it displays itself. It has to display in order to legitimize the whole content of itself. In this display, the individual plays a mediator role without which truth does not come true. The text shows the different moments throughout which the display of what*



Discusiones Filosóficas  
Departamento de Filosofía  
Universidad de Caldas

No. 2 Julio-Diciembre de 2000

*is true and its relation with individuality is performed, to the light of the first part of the hegelian system: The Phenomenology of the Spirit*

*The spirit only reaches its truth when it can know itself in the absolute rupture.*  
Hegel

## I. Lo verdadero.

Cuando se habla del despliegue de lo verdadero tenemos en frente, en orden a la estructura, un sujeto y una acción; el sujeto es lo verdadero, la acción su desplegarse. De este modo la comprensión del despliegue de lo verdadero obliga, ante todo, a poner de manifiesto el sujeto en la acción, a explicitar el ser de lo verdadero. ¿Qué es entonces lo verdadero? Inmediatamente podemos dar dos definiciones:

1. Lo verdadero es la igualdad que se restaura, la reflexión en el ser otro en sí mismo.

2. Lo verdadero es el todo<sup>1</sup>  
Estas dos definiciones que hallamos en Hegel no sitúan lo verdadero del modo aquí requerido, no dicen en pleno lo que a la definición se pide. Conviene descartar la primera de ellas por aparecer tan inasible; empero, la segunda ofrece la posibilidad de seguir indagando, razón por la cual es digna de ser asumida. Esta segunda definición vincula lo verdadero a una idea de totalidad; con ello

lo verdadero no tiene el carácter de un escueto paradigma lógico, no es una mera forma en oposición a lo falso. La definición instaura en lo verdadero un concepto de tradicional referencia ontológica en el ámbito filosófico: lo verdadero es el todo. Pero ¿qué nombra ese todo?

En el Saber Absoluto, último estadio de la historia de la conciencia llamada *Fenomenología del Espíritu*, la conciencia logra una idea de totalidad. La conciencia queda comprendida en ella. Esta totalidad es una totalidad como espíritu. En ella, dice Hegel, la conciencia logra la verdad de sí como momento del espíritu en tanto se sabe a sí misma espíritu absoluto.

El concepto de *espíritu* es la universalidad mayor ganada en el desarrollo de *La Fenomenología*; éste es una suerte de esencia que opera en y con *todo* el acontecer en las diversas figuras que recorre la conciencia. Por ello la verdad de esas figuras está en aquello de lo que ellas derivan, esto es, en el espíritu. En el espíritu quedan comprendidos *todos* los momentos particulares; del comprender *todos* los momentos le viene al espíritu su carácter absoluto. Ahora bien, ¿es en ese carácter absoluto del espíritu donde se arraiga el carácter total de lo verdadero? De ser así, cuando se dice “lo verdadero es el todo” se dice “lo verdadero es el es-

<sup>1</sup> Ver ambas definiciones en *Fenomenología del Espíritu*, (traducción de Wenceslao Roces). México: FCE, 1966, p. 16.

píritu"; y a la inversa, el espíritu es lo verdadero.

## II. Fenomenología del Espíritu.

Si es al espíritu a quien hay que referir el desarrollo expuesto en *La Fenomenología*, tal espíritu antecede, a modo de esencia, ese movimiento, así como antecede las figuras que comporta; así mismo el Saber Absoluto es una suerte de retorno a dicha esencia.

De lo anterior se infieren entonces dos momentos:

-Al comienzo está el espíritu.

-Al final está el espíritu .

Esto, empero, es un tanto desconcertante a la luz del "entre" que se establece en medio del comienzo y del fin; lo es, visto desde lo que media entre esos dos extremos. Si lo que hay al principio es lo que se hallará al final, ¿qué representa el movimiento expuesto en *La Fenomenología*? Extraña situación. Para dar claridad al respecto se precisa volver sobre lo hallado al principio y al final. Al parecer en ambos puntos hallamos lo mismo, esto es, el espíritu, o bien, lo verdadero. ¿Qué es lo verdadero? Lo verdadero es el todo. Delimitando la definición, Hegel agrega que "el todo es solamente la esencia que se completa mediante su desarrollo".<sup>2</sup> Ello nos indica que el espíritu tal y como se halla al principio y el espíritu del Saber Absoluto no son, en rigor, lo mismo; lo mismo no

permanece como lo mismo, pues en lo que media los extremos tiene lugar algo *nuevo*, distinto de lo mismo: en su movimiento, el espíritu "se completa". ¿Cuál es el sentido de este completarse?

El espíritu es en principio una *pura* inmediatez, ausente de toda determinación; su condición es de ensimismamiento, su estar un estar plegado sobre sí mismo. El espíritu es, de este modo, ser en sí. En este ser en sí el espíritu es una cierta incompletitud de sí mismo, incompletitud que, a su vez, motiva la insatisfacción consigo mismo.

En virtud de la insatisfacción señalada lo plegado *tiene que* desplegarse, ha menester un desarrollo, un devenir de sí mismo, esto es, ser esencia, no en sí, sino para sí. En este devenir de la esencia para consigo el espíritu es la exteriorización de sí mismo: "La fuerza del espíritu es siempre tan grande como su exteriorización, su profundidad solamente tan profunda como la medida en que el espíritu se atreve a desplegarse y a perderse".<sup>3</sup>

La conciencia fenomenológica conviene entenderla bajo la condición de espíritu desplegado, es decir, como esencia que es para sí. De esta mediación o de este ser para sí, surge *nuevamente* el espíritu, aunque de modo distinto; en la mediación el espíritu se da lo que antes no tenía, esto es, la determinación de su contenido. Luego de ello la esencia se re-

<sup>2</sup> *Ibid.*

<sup>3</sup> *Ibid.*, p. 11.

pliega sobre sí dándose el saber de sí misma, el saber de lo que ha ganado en su exponerse, en su exteriorizarse, en su perderse.

Tenemos entonces tres momentos:

-Al principio está el espíritu plegado en sí mismo.

-En el medio está el espíritu desplegado como esencia para sí.

-Al final está el espíritu como esencia plegada sobre sí.

Si lo verdadero es el todo y al espíritu corresponde una idea de totalidad, nada distinto al movimiento descrito en los tres momentos que anteceden constituyen el despliegue de lo verdadero.

### III. Despliegue y contradicción.

El recorrido de *La Fenomenología* es el camino en pos del saber. Trazarse dicho camino es, según Hegel, el corresponder a una necesidad del espíritu, necesidad que le obliga a desplegarse y a perderse. Esa necesidad es, por una parte, como bien se dijo, el darse la determinación de su contenido; pero, además, el espíritu requiere un devenir consciente de sí mismo, lograr el saber de sí mismo. La filosofía es, de este modo, el medium universal a través del cual el espíritu se pone en camino hacia sí mismo.

El espíritu es en sí un puro vacío; le asiste la incompletitud, y con ella, un ausente interior. Sólo se tiene a sí como indeterminada inmediatez. En razón de

esa condición originaria, el espíritu no es consciente de sí en sí mismo. Ese saberse obliga a un ponerse otro de sí, hacerse otro para sí mismo. La necesidad de la mediación, del ser para sí, no es entonces otra cosa que la necesidad del espíritu de saberse en tanto reflejado en un ser otro.

Al caso de *La Fenomenología* ese ser otro es la finitud, la condición fenoménica del espíritu. Circunscrita en dicha condición, la conciencia es la forma del espíritu en plan de búsqueda.

La conciencia es en lo finito como un niño perdido que trata de recorrer, hasta reconocerla, toda la inmensidad que le devora; en ese reconocimiento el niño intenta allanar para sí una poca de seguridad en virtud de la cual le sea posible contener su sollozo infinito.

Así recorre la conciencia todas sus figuras, todos sus momentos; cada uno de ellos responde al acometimiento de un intento fallido. Fracaso tras fracaso la conciencia se enfrenta a una pérdida cada vez mayor de sí, pérdida que la pone casi en la desesperación de sí misma. Empero, a partir del constante fracasar es posible negar los momentos que anteceden y así superarlos.

En este ser para sí el espíritu ha devenido un otro de sí, ha roto la igualdad de su ser en sí inmediato; así el espíritu es el desdoblamiento de lo simple o la du-

plicación que contrapone.<sup>4</sup> En tal contraponer al espíritu le asiste una contradicción, una negatividad, una lucha:

*"Soy ese combate, no soy uno de los términos comprometidos en el conflicto, pero soy los dos combatientes y el combate mismo. Soy el fuego y el agua que entran en contacto, y el contacto, y la unidad de aquello que se huye absolutamente".<sup>5</sup>*

En la lucha reposa el posible superar y rebasar; de ella nace el posible infinito progresar de la conciencia en la búsqueda de sí. La negatividad determina el ser del espíritu abocándolo irremediable e incesantemente a lo otro. Le impone la realización de su ser en virtud del extrañamiento, de la pérdida. Esta pérdida comporta el sentido del desgarramiento. Por ello la vida del espíritu lleva la marca de lo negativo; y con la vida del espíritu, la *forma* de lo verdadero.

La negatividad hace comprensible la forma de lo verdadero. Dicha forma la expone Hegel en la primera definición que hemos descartado inicialmente. Esa definición dice: lo verdadero es la igualdad que se restaura, la reflexión en el ser otro en sí mismo. Restaurar esa igualdad es la intención en el reencuentro del espíritu autoconsciente, esto es, del Saber Absoluto, final de la *Fenomenología del Espíritu*.

De ese saber y del saber en general es fundamento la negatividad. Ella empla-

za la vida del espíritu en el movimiento del devenir; hace del saber "el puro conocerse a sí mismo en el absoluto ser otro".<sup>6</sup> Ese devenir otro es cabalmente lo que constituye el despliegue de lo verdadero. Con ello abre Hegel una nueva posibilidad a la filosofía: la filosofía entendida como lucha en pos de la reconciliación consigo, reconciliación de lo absolutamente diferenciado, reconciliación de lo absolutamente desigual a sí mismo.

#### IV. El Yo y el Saber del Espíritu.

La *Fenomenología del Espíritu* es proyectada, pues, por Hegel como la historia de la conciencia. Esta historia es la historia del tránsito desde la conciencia natural, que parte de la inmediatez de su ser ahí, hasta el saber pleno de sí misma, esto es, desde la certeza sensible hasta el saber absoluto. En ella el espíritu se despliega y recorre diferentes formas de relacionarse con el mundo y consigo, instaurando así momentos y figuras de su saber, momentos y figuras necesarios en la formación del mismo. En la última de estas figuras dicha historia cobra un carácter resolutivo. Este carácter le es dado en virtud de la consecución de un saber pleno, la consecución del Saber Absoluto. Este saber es tal conforme a su objeto. Su objeto es lo absoluto que se sabe a sí mismo, vale decir, espíritu absoluto, saber de lo verdadero. La *Fenomenología del Espíritu* conduce a la

<sup>4</sup> *Ibid.*, p. 16.

<sup>5</sup> Cf. *Filosofía de la Religión*.

<sup>6</sup> *Fenomenología del Espíritu*. Op. cit., p. 19.

afirmación de lo absoluto, al saber de lo verdadero. El saber es, de este modo, el objeto que amerita el esfuerzo del despliegue. Los desarrollos acometidos desde la conciencia —en tanto instancia primera fundada por el espíritu en su manifestación— deben ser comprendidos en orden al saber como intención rectora de *La Fenomenología*. Así mismo, la dinámica de *La Fenomenología* como proceso es la dinámica inherente al saber y a su formación; pues los momentos de *La Fenomenología* son el desarrollo mismo del espíritu en cuanto espíritu del mundo, desarrollo que se erige en función de la necesidad del espíritu. Pero, con todo ¿qué lugar corresponde al individuo particular en el esfuerzo del despliegue? ¿Acaso el mero inmolearse en favor de la *realización* de lo verdadero?

La condición fenomenológica es, según vimos, condición *del* espíritu; pero no en el sentido de una pertenencia, como si se dijera “de lo fenoménico es dueño el espíritu”, sino en el sentido de que el espíritu es un *ser puesto* en tanto fenómeno. Visto desde la universalidad e inmediatez del espíritu, lo fenoménico es *del* espíritu como su ser otro, es decir, como lo otro de sí mismo. De este modo, las diversas figuras de *La Fenomenología* son comprendidas desde esa suerte de esencia universal que es el espíritu. El aparecer de dichas figuras es entendido en virtud de la correspondencia a una exigencia superior propia del espíritu, y

de la cual le viene su inquietud: “El espíritu no permanece nunca quieto sino que se halla siempre en movimiento incesantemente progresivo”.<sup>7</sup>

La necesidad funda en el espíritu su inquietud; da lugar a su movimiento constante de superación (aspiración y abandono) en cada una de las figuras. Pero, ¿hacia qué progresa el espíritu en el movimiento inaugurado por él en tanto ser puesto, esto es, en tanto sujeto al aparecer propio de su condición fenoménica? Contestar a esta pregunta obliga, ante todo, a esclarecer cuál es la necesidad del espíritu.

En el decir de Hegel el espíritu busca, en su ser otro, el saberse a sí mismo: “El puro conocerse a sí mismo en el absoluto ser otro; este éter en cuanto tal es el fundamento y la base de la ciencia o el saber en general”.<sup>8</sup> El espíritu es, *inmediatamente*, la pura ignorancia de sí mismo. El ponerse un otro consigo y con ello un despliegue, una mediación, se circunscribe en el orden del intento de lograr un saber de sí mismo. Así, el movimiento del espíritu en tanto ser puesto es una incesante progresión en la búsqueda de un saber pleno de las potencias espirituales.

Ahora bien, el individuo como conciencia particular o como Yo es comprendido por Hegel, en el proceso inherente a la condición fenoménica del espíritu,

<sup>7</sup> *Ibid.*, p. 12.

<sup>8</sup> *Ibid.*, p. 19.

como *sustancia espiritual*. Su tarea es al punto comprometedor y de una inimaginable seriedad. Hegel dice del individuo: "El individuo es la forma pura".<sup>9</sup> En tanto forma pura, encarna la exigencia superior propia de aquello para lo cual es forma, la exigencia superior de la esencia espiritual que es su contenido. Con ello el individuo hereda la necesidad del espíritu por lograr un saber cabal de sí.

Como forma pura el individuo es el espíritu en tanto ser puesto. La primera manifestación a que da lugar este poner es la conciencia en general. La Conciencia es la instancia primera fundada por el espíritu en tanto desplegado en su ser otro. Esta instancia es, inmediatamente, una pura certeza (certeza sensible) en la que el espíritu reviste la figura del Yo: "La conciencia es, en esta certeza, solamente como puro yo".<sup>10</sup> La puridad del Yo consiste aquí en que su saber es escuetamente una certeza de sí como puro *este*, puesto en frente a un ser otro (el objeto) como puro *esto*. En ese momento inicial el Yo es ausencia de representaciones por las cuales le sea posible saber, tanto de sí como de su objeto, algo que exceda el *simple* hecho de que el ser es. Pero esta ausencia es un momento que tiene que ser superado. El Yo *tiene que* entregarse a la experiencia de lo exterior, y así dar lugar al saber pleno. A este puro Yo sigue La Percepción; ésta es el espíritu puesto en actitud distinta de relacio-

narse con el objeto y consigo. Distingue propiedades, la subsistencia múltiple en la unidad del objeto. Pero la insuficiencia del saber ganado por esta figura del espíritu dará lugar al Entendimiento, momento en que el espíritu intenta el saber en la aprehensión objetiva por vía del establecimiento de leyes. Estos tres episodios, Certeza Sensible, Percepción y Entendimiento, conforman el capítulo de La Conciencia en la *Fenomenología del Espíritu*.

A la conciencia seguirán otras figuras. Las más de las veces ellas reportarán una insuficiencia en relación con la exigencia del espíritu, esto es, en relación con la necesidad del espíritu por saber *plenamente* de sí mismo. Esta es la suerte que corre la autorrelación del ser consciente (Autoconciencia y Razón), así como la relación real del espíritu extrañado con lo otro (El Espíritu Objetivo y La Religión). Empero, cada figura proporciona una universalidad en virtud de la cual el esfuerzo desplegado en el movimiento del espíritu no es vano sino progresivo. En las figuras que siguen a la conciencia es igualmente protagónica –en tanto condición fenomenológica *del* espíritu– la individualidad. Hegel no omite la parte (en este caso, el individuo) ni la sacrifica en función de la totalidad (en este caso, el espíritu). Más bien la parte queda comprendida en lo que ella realmente es, a saber, sustancia espiritual. El quehacer humano se determina, pues, en

<sup>9</sup> *Ibid.*, p. 20.

<sup>10</sup> *Ibid.*, p. 63.

procura del saber de lo universal; la filosofía, valga decirlo, no es ajena a dicha tarea. Antes bien, la seriedad de la cosa misma reclama de la filosofía el compromiso mayor en el ejercicio: "El espíritu [...] no reclama de la filosofía tanto el saber lo que él es como el recobrar por medio de ella aquella sustancialidad y consistencia del ser".<sup>11</sup>

El saber del espíritu no es un saber sin más, un escueto saber que sabe. A partir de un saber tal, el espíritu recobra la sustancialidad de la vida, la sustancialidad del ser. Procurando el saber de sí mismo el espíritu *configura* lo que él realmente es, opera la realización de su sí mismo, se da a sí la determinación de su contenido y de sus potencias. La filosofía, llevando sobre sí la aspiración a lo más en saber, es el medium universal a través del cual el espíritu llega a ser lo que él es. Tal es el sentido del despliegue. Llegar a ser lo que se es compele a la apertura para con el mundo, a experimentarse, allende el sacrificio, el dolor ocasionado por el abandono de la seguridad del ensimismamiento.

*Ebrio placer es para quien sufre  
olvidar los propios sufrimientos  
y salir fuera de sí mismo.  
Zarathustra, I, 3.*

En sí mismo el espíritu es la ignorancia de sí; con ello, es el tormento y la penumbra, una penosa seguridad de en-

cierro. Empero esta instancia (el en sí) tiene que ser abandonada en favor de la experiencia, la cual permite el saber de sí, y con ello, la determinación de la potencia que se es: "La fuerza del espíritu es siempre tan grande como su exteriorización, su profundidad solamente tan profunda como la medida en que el espíritu se atreve a desplegar y a perderse". La nueva posibilidad que Hegel abre para la filosofía la proyecta como búsqueda de lo universal y como efectuación o realización de lo que se es *en verdad*, vale decir, respecto a la totalidad. En tal tarea el individuo no es omitido. El individuo responde a una necesidad universal en la que se halla implicado, (compro-)metido: "La necesidad *externa*, concebida de un modo universal, prescindiendo de lo que haya de contingente en la persona y en las motivaciones individuales, es lo mismo que la necesidad *interna*, pero bajo la forma en que el tiempo presenta el ser allí de sus momentos".<sup>12</sup>

La condición del individuo, su (compro-)metimiento, está determinada por el tiempo. La temporalidad marca el modo humano de correspondencia. En esta condición se exterioriza una necesidad interna, una necesidad universal: la necesidad misma del espíritu *falto* de sí, del espíritu que *puede* y *obra* en la medida de la privación y la carencia de sí mismo. En procura de la tenencia se erige la más alta aspiración: la restitución de la

<sup>11</sup> *Ibid.*, p. 10.

<sup>12</sup> *Ibid.*, p. 9.

mismidad perdida del sí mismo, la restitución de la mismidad que incesantemente se hurta de sí misma, inacabable, una y otra vez. Esta aspiración aboca a la senda de la desolación y la muerte, senda en la cual el espíritu *tiene que* mantenerse. En ella el espíritu mira cara a cara lo negativo, se entrega a la experiencia posibilitada por el tiempo y lleva consecuentemente el estigma de la muerte.

Pero la senda de la muerte es una templanza que cualifica la vida espiritual; impone saber afrontarla, mantenerse en ella. Al mismo tiempo nutre la posibilidad de elevación, de ponerse a la altura de lo que se es, de situarse por encima de sí mismo como otro de sí mismo. Nutre, en suma, la posibilidad de realización del acto absoluto de la autoelevación del espíritu.

*Yo te conjuro con mi amor y mi  
esperanza:  
¡no expulses al héroe que hay en tu alma!  
¡Conserva santa tu más alta esperanza!*

